

A PROPOSITO DE «CRISTIANOS EN FIESTA»

Ediciones "Cristiandad" acaba de publicar a final de 1972 el libro de Juan Mateos, S. J., con el título *Cristianos en fiesta*.

Conocí a su autor hace poco más de cinco años en Roma, durante una mesa redonda sobre el problema de la "secularización". Con él se sentaron Mollat, Fuchs, Huber, Henrici y otros personajes del mundo de la Teología. La franqueza y decisión de sus posiciones impresionaron favorablemente al público, formado casi exclusivamente por jóvenes estudiantes jesuitas. Su actitud, ante la presencia de sus más altos superiores religiosos, estaba en la línea de la "parresía" apostólica.

Ahora hace ya mucho tiempo que no nos vemos. Pero he leído detenidamente su libro y a bocajarro diré que me ha entusiasmado. La serenidad de su protesta me ha ganado completamente desde el prólogo hasta su última página. No dudo que es una protesta y no dudo que es una protesta serena. Con todas las características de un revolucionario, hay una pluma llevada serenamente por un hombre para quien el respeto por la dignidad del actual pluralismo intereclesial, se ha traducido en una presentación equilibrada, pausada, evolutiva y no por eso no profética, del mensaje siempre nuevo y siempre revolucionario de Cristo. Mateos se definió una vez en mi presencia como "nómada"; es justo, por tanto, que su estatura humana de hoy, no sea la de ayer, ni será la de mañana. No creo que haya mayor encomio para un hermano que el manifestarle que su capacidad de aceptar la liberación de Cristo en su persona, ha sido plenamente percibida por un lector, hermano suyo en la fe y en el ministerio, que hace cinco años percibió algunos ramalazos de agitación crítica. Sólo quien se considere *ya* cristiano, sin admitir el *todavía no* de su experiencia de fe y de amor fiducial, se sentirá, quizás, decepcionado ante la presentación que del cristianismo siempre en fiesta, hace Juan Mateos.

El haber leído con atención las 316 páginas de *Cristianos en fiesta*, me ha provocado una serie de motivos de reflexión, de los que quiero presentar un resumen. No se trata de una recensión, ni de un resumen del libro. Mi deseo es únicamente presentar una selección de las muchas reflexiones personales que la lectura me ha suscitado.

1. *El pseudoconflicto entre lo científico y lo pastoral en el campo teológico.*

No es difícil encontrar quien oponga ambas realidades entre sí: si algo es pastoral —se dice— no puede ser a la vez científico, y viceversa. La Teología puede arrogarse el calificativo de “científica”, sólo cuando se hace colaboradora de Cristo en la tarea de la liberación del hombre cambiante. La ciencia de Dios se nos manifestó en Jesucristo que dejó a un lado los rayos y truenos de las teofanías de la Vieja Ley, para encarnarse en los estratos más bajos de la humanidad (cfr. Filip 2,5ss). Nadie ha de levantar ya la cabeza para hablar con Cristo, porque se ha hecho amigo del hombre (Jn. 15,13-15). Lo pastoral, lo liberador, lo salvíficamente comprensible para el hombre oprimido, es el único objeto de la Teología en cualquiera de sus especialidades. Este es el carácter propio de la Ciencia teológica: es ciencia del Dios hecho hombre por amor, y no ciencia de un grupo de oligarcas que fuerzan el principio de la Encarnación hasta hacerlo casi desaparecer, en pro de una especulación filosófica, con ropaje teológico que no salva.

El libro de Juan Mateos es profundamente teológico, porque su ciencia es encarnatoria, pastoral, y quien lo lee sintiéndose pobre, acaba su lectura con la alegría propia de una fiesta auténtica. Cuando hay alguien que conoce las ovejas y ellas conocen su voz, podemos gritar: ¡Eureka: hemos encontrado un teólogo! El científico de la Ciencia de Dios, tan distante de la del hombre (Is. 55.8-9), ha de “sufrir dolores de parto hasta ver a Cristo formado en vosotros” (Gal. 4,19). Y no hay que permitir que “nadie os esclavice mediante la vana falacia de una filosofía, fundada en tradiciones humanas, según los elementos del mundo y no según Cristo...” (Col. 2,8). Pablo, el “Princeps Teologorum”, siguiendo las huellas del único Maestro, midió su ciencia teológica con la situación existencial de la grey a quien amaba con las entrañas de un padre.

2. *La serenidad en la representación del Mensaje.*

Toda modernización encarnatoria del Mensaje histórico de Cristo, encierra en sí misma el riesgo de la violencia, de la amargura, de la destrucción indiscriminada en la que, con lo viejo y lo caduco, puede llegar a matarse al mismo hombre. Es verdad, por otra parte, que el Mensaje de Cristo, dirigido especialmente a los oprimidos y a los enfermos, golpea duramente a los opresores y a los “médicos” que viven gracias a la debilidad alimentada de sus enfermos. Los mercenarios fueron tratados con aspereza por el único Pastor. Pero, ¿qué decir de la gran muchadumbre que “se encuentra todavía, de hecho, en el estadio religioso (1), por ejemplo, en cuanto a la necesidad de espectáculo litúrgico, de devoción dulzona, de imágenes de mal gusto, de novenas con peticiones rastreras”? Es cierto que “el interés de ellos y el bien de la Iglesia y del mundo, piden que salgan de esta situación”, que se pongan

al día y conecten con la onda liberadora que para nuestros días lanza Cristo al mundo. En este trabajo de colaboración profética con el único Liberador, hay que actuar con una gran serenidad y hasta con ternura, signos de madurez humana y religiosa. El teólogo que habla o que escribe nunca debe quebrar la caña resquebrajada; nunca permite que nadie cierre su libro con la impresión de haber fracasado. El tiempo psicológico del "revolucionario" no tiene por qué coincidir con el ritmo de crecimiento del hombre en situación irrepetible. ¡Cuántos libros, conferencias y artículos son desahogos infantiles de agresividades acumuladas, sustituciones neuróticas, que en el fondo aplastan la ya tambaleante serenidad del débil por quien murió Cristo; una ciencia que no libera al débil no es ciencia de Dios, es hinchazón del hombre! (1 Cor. 8,11). *Cristianos en fiesta* es un libro revolucionario que puede aconsejarse al débil con la seguridad de infundirle serenidad y confianza en su redención. En nombre de todos los débiles y de los que se creen fuertes en un período de revisión casi radical, agradezco la serenidad del testimonio de Juan Mateos.

3. *La experiencia cristiana como profundización festiva de la Alianza.*

El autor dedica explícitamente dos párrafos a la Reconciliación con Dios (pág. 29) y a la Reconciliación como quehacer de la Iglesia (página 61). En el fondo de sus reflexiones hay una teología festiva de la Alianza. "La reconciliación del hombre es un acto de Dios, obra de su amor..."; "es, al mismo tiempo, la respuesta de un hombre a ese amor de Dios que se revela". "El reino de Dios es el reino del bien absoluto".

La actitud constante de reconciliación tiene su base histórico-teológica en una doble realidad: *una negativa* (el pecado, la zona de tiniebla de la teología joánica y de la psicología jungiana); *otra positiva* (la necesidad de profundizar en la Alianza liberadora con Dios y el hombre en Cristo, síntesis misteriosa de ambos). Las dos realidades han de vivirse experimentalmente unidas: es inútil probar que para la Biblia el "pecado" o es un golpe contra la Alianza o no es nada, pura abstracción. Pues bien, el carácter festivo de la experiencia cristiana puede depender del valor predominante que el creyente dé a cada una de estas dos realidades. Los hay que dan a la experiencia cristiana un único fin: evitar el pecado. Para estas personas no hay fiesta; la vida se convierte en un duelo insostenible. No hay psique humana capaz de soportar serenamente y con alegría el peso de una vida percibida como continua renuncia. En la práctica pastoral se evidencia el carácter narcisístico y fóbico del vivir cristiano de muchas de estas personas. Y ¿puede llamarse vida la que se preocupa sólo de no morir?

Juan Mateos presenta el Mensaje como una sinfonía en tono mayor, en la que todos sus movimientos tienen el tiempo del "allegro con moto". No se trata prevalentemente de evitar el pecado, sino de profundizar en la Alianza, que al tener como "partner" al Dios Altísimo y Profundísimo, mantiene al creyente en continua actitud dinámica, de búsqueda, de oración. La monotonía de la fe y del vivir moral no existen para quien está abierto ante la novedad de una Alianza que es eternamente

nueva y cuyo sujeto es la persona viva del Cristo glorioso. La nueva Alianza no es nueva porque lo fue, sino porque lo sigue siendo siempre. ¡Cuántos intentan hacer viejo el Nuevo Testamento por querer hacer pasar una maroma por el ojo de una aguja...! El integrismo, el estancamiento, la actitud estática y negra ante la vida es incompatible con el espíritu dinámico que Cristo nos trajo; hay que deshilar la maroma para enebrarla toda en la aguja y esto exige esfuerzo, movimiento, búsqueda, replanteamientos constantes, atenciones a lo que cambia aun en contra de nuestra voluntad; el "orden establecido" es una maroma de hierro incapaz de deshilarse... Arrepentirse significa, ante todo, darse cuenta, en lo profundo del ser, que la Alianza liberadora con Dios y con el hombre es siempre susceptible de mayor profundización. Entonces sí, toda la vida sacramental se convierte en una explosión de fiesta para el Pueblo peregrino de Dios. La moral ya no es la huída desesperada de esa muerte endógena que es la tiniebla del pecado, sino una carrera alegre hacia la vida. La diferencia entre la Ley antigua y la nueva es que la primitiva "estaba allí" y ¡ay d quien la tocaba!; la ley nueva es la ley del amor y éste es dinámico por su propia naturaleza: no hay mayor dinamismo que el del amor que va en busca de la plenitud del vivir: el Dios vivo es amor; su contemplación no puede ser la estaticidad muda ante una explosión de ontología...

4. *La oposición entre la fe y religión.*

¿Se puede decir que la revelación cristiana es un hecho religioso? Una revelación ¿es una religión? Y si lo es, ¿en qué sentido? O ¿habrá que negar todo carácter religioso a la revelación y por tanto al cristianismo juntamente con la fe? (D. Bonhoeffer).

Es cierto que hay una serie de conceptos verbalizados que por el uso y el abuso han perdido la profundidad y riqueza expresiva de su significado primordial. Baste observar que una relación comercial y substitutoria a puro nivel genital recibe tranquilamente el nombre de "hacer el amor" (y esto no sólo en castellano: "faire l'amour", "to make love", "fare l'amore..."). La palabra "religión" es una de ellas. Ante una deformación de este tipo pueden adoptarse dos posiciones al menos: una sería levantar acta de defunción y sustituir el término, poniendo de relieve sus peligrosas ambigüedades; en el caso concreto, Juan Mateos "expone algunos rasgos convencionales de la concepción religiosa y veremos si se verifican en el cristianismo" (pág. 213). Lógicamente los rasgos que elige son todos ellos deformaciones que con el tiempo ha sufrido el término y que— por ello— lo hacen ciertamente incompatible con el cristianismo. Una religión entendida como estaticidad, legalismo, convencionalismo, es ciertamente contraria a la fe.

Otra posición, la adoptada, por ejemplo, por Jean Lacroix (2) se esfuerza por devolver al término su pureza primordial, etimológica, palabra creada por el hombre de un tiempo para expresar un concepto profundamente humano y que Lacroix cree lo sigue siendo. En el caso concreto habría que discernir todo aquello que de adulteración ha sufrido el término religión y una vez purificado hacer la comparación con la realidad de quien puede predicarse. Sólo así se hace justicia a un término.

En este punto prefiero el método de Lacroix al de Mateos.

El problema de la religión se ha hecho actual, fuertemente marcado por el fenómeno de la irreligiosidad, de la "ausencia de Dios" (M. Heidegger), del "vacío de Dios" (M. Buber), "del mundo llegado a su mayoría de edad" (D. Bonhoeffer), la muerte de Dios, la era positiva en contraposición al primitivismo mítico, etc... Mi preocupación en este punto no es, por supuesto, especulativa con afán de filosofar; la considero, por el contrario, pastoral. Hay millones de personas que se dan a sí mismas el calificativo de "religiosas", el mismo Juan Mateos pertenece a una Orden religiosa y se le considera miembro fiel de la Compañía de Jesús (cfr. el reverso de la cubierta de su libro). Son muchas las personas que no conciben la religión en el final de su proceso de adulteración; sino en su principio de expresión humana profunda; habrá otras muchas que la conciban al revés. Creo que una buena parte de personas, a la pregunta de si el cristianismo y por tanto la fe, tienen carácter religioso, responderían sin duda que sí. Matar un término, es poner en duda un concepto, y esto puede hacer daño a mucha gente. También los conceptos y las palabras, como expresiones del fondo del hombre, son susceptibles de redención y es el hombre mismo el liberador de sus conceptos y de sus palabras oprimidas por el tiempo que roe.

Es verdad que la etimología de la palabra "religio" no es clara: se oscila entre "religari" (unirse a, aliarse), "relegere" (prestar atención especial a algo) y "reeligere" (volver a elegir). De este dato etimológico tomó conciencia Sto. Tomás y se resolvió a sí mismo el problema concluyendo: "religio proprie importat ordinem ad Deum" (3). Es decir "la actitud de respuesta (diálogo) es un rasgo esencial de toda religión efectivamente vivida" (4).

En la base del concepto verbalizado "religión" se encierra, nada menos, que la Teología de la Alianza: en palabras de Zubiri, la Teología de la "religación". Y en este sentido, aunque los términos "moral y religión" no sean en abstracto sinónimos y pueda seguir subsistiendo una moral cuando ha caído la religión (entendida como religación con Dios y el hombre, unión que es la que trae la liberación), sin embargo en la *religión cristiana* la moral ha de ser necesariamente "religiosa", dialogal, fruto de una alianza bilateral, en contraposición a la moral arreligiosa y por tanto trascendentalmente monologal.

Si por la "religión" se entendiera sólo lo que me ha parecido que entiende Juan Mateos, no cabe duda que se opone a la fe y en este caso sería una tarea más de liberación que se le impone al hombre que estudia y enseña la ciencia liberadora de Dios. Creo que el contenido del concepto "religión", hecho palabra humana, no ha sido sofocado y ciertamente no todos lo entienden como "hojarasca de obligaciones, ansiedades y escrúpulos" (pág. 215).

Todo lo dicho va dirigido sólo y exclusivamente en pro de la serenidad y de la paz que no hemos de quitar a nadie.

5. *La auténtica moral es exclusiva del adulto.*

La Teología moral está pasando por una "época" y ha dejado de atravesar "un período".

“Participar en lo que Péguy llamaba “épocas”, en que algo sucede, en contraste con los “períodos” en los que no sucede nada, tiene algo de prodigioso, o aterrador...” (Marc Oraison) (5).

En el cap. IV, sección III, dedicada al “Papel de la ley”, Juan Mateos se expresa así: “Si es la misión de la Iglesia hacer madurar al hombre, debe procurar con suavidad que aprenda a andar solo, evitando el peligro de una atrofia muscular”; “para el cristiano, libre de códigos escritos, la norma de la vida es la persona de Cristo... Jesucristo encarna ahora la ley en su persona”. “En la nueva edad, inaugurada por Cristo, el hombre reconciliado con Dios y libre de la obsesión del pecado, no tiene por última norma los códigos externos ni enseñanzas exteriores; cada uno elaborando los datos que Dios le da, debe encontrar su línea de conducta y con el dinamismo de amor que Dios le infunde, seguirla”. La nueva ley está dentro del hombre porque en su interior habita la verdad (S. Agustín). “Entregaré mis leyes a su razón y las inscribiré en su corazón” (Heb. 8,10).

Nos hallamos ante una perfecta formulación, atemática si se quiere, de la “moral situacional”. También yo creo que la moral cristiana es “moral en situación” y que no hay otra, si quien ha de seguir e imitar a Cristo es el hombre adulto y no el niño que aun no ha roto su cordón umbilical. Este tipo de moral que, por otra parte, es nueva cuanto nuevo es el cristianismo, recibe su base profunda de la Teología de la Alianza. En esta moral “obedecer” es “hacer”. Pero ese hacer —como dice el autor— no es la sumisión a una orden, sino la expresión de una finalidad... la finalidad es la flor de la estima; supone el diálogo entre Dios y el hombre, que es la Alianza; procede de una persuasión interior y es consecuencia de una captación libre (pág. 198).

Mateos excluye dos concepciones de Dios: la de Señor absoluto que exige sujeción y la de padre frente al hijo infante; y asegura que el N. T. propone, en cambio, la relación de Padre a hijo adulto. “Según ella Dios no se propone dirigir la vida del hombre en el detalle: sino que desea que el hombre actúe por sí mismo, en diálogo con El. La gloria del Padre es que su hijo sea capaz, independientemente, responsable y libre” (pág. 199). Es exactamente lo que puede concluirse del pensamiento de otros “situacionistas”, como Marc Oraison. A partir de los datos de la psicología clínica se observa, por ejemplo, cómo muchas actitudes morales responden a estados angustiosos o de miedo, creados por una moral objetivista, extrínsecista que no tiene en su base lo —usando un término técnico, teándrica—: la intersujektividad, la relación personal con Dios y con los demás. Esta es la característica de una personalidad psíquica y religiosamente madura. Mientras la moral se presente por referencia a la Ley, a unas abstracciones, y no por referencia a una Persona o personas, además del peligro real del fariseísmo, que tan severamente condenó Cristo, colabora a provocar una regresión a los estados precedentes de la evolución psíquica y espiritual del niño. La moral, partiendo de lo inmutable y fundamental del Mensaje de Cristo, ha de centrarse en las “situaciones” reales de los hombres, que son el punto del verdadero encuentro entre Dios y los hombres y de los hombres entre sí.

Las condiciones concretas de cada individuo humano son tan complejas y variables, su vida psico-pneumo-somática tan original y única, que concluimos categóricamente: hay tantas "situaciones existenciales" cuantos hombres existentes.

Situación es en definitiva, la resultante existencial, concreta, de la interacción en un núcleo personal, abierto por tanto al diálogo, de las pulsiones psíquicas, pneumáticas y somáticas, bajo el influjo del pasado, en la existencia del presente y en proyección ante el futuro.

Ante esto, el legalismo y la moral objetivizante, han de retirarse urgentemente del campo de la conciencia del hombre.

Cada cristiano vive en su *situación*, guiado por su *conciencia*.

Es necesario, sin embargo, tener presente el aspecto complejo y paradójico de la persona humana, que no puede realizarse como persona individual, si no realiza al mismo tiempo, su propia existencia social: sólo en una apertura hacia el Otro, Dios y la Iglesia, el cristiano es capaz de encontrar su propia identidad personal. A nivel teológico nos hallamos ante lo que podríamos llamar "el sentido eclesial de la existencia personal. Dice Mateos que pertenecer a la Iglesia supone una vocación especial, porque ninguno se acerca a Cristo si el Padre no le empuja (Jn. 6,44). Esta es precisamente la vocación especial del cristiano: la de vivir su experiencia de fe en plenitud eclesial, comunitaria. Su conciencia, por tanto, no puede ser individual, como la que propugna la llamada "ética de situación", denunciada el 18 de abril de 1952 por Pío XII (6) y que nada o poco tiene que ver con la "moral en situación".

La conciencia personal del cristiano tiene que ser eclesial. En este punto la Teología paulina del Cuerpo Místico y la joánica del amor, coinciden con el mensaje explícito de la psicología del profundo. De la misma manera que el hombre constitucionalmente normal pierde la razón cuando se trastornan o se vuelven confusos sus lazos vitales con los demás, así también, una conciencia personal llevada al extremo de negar el sentido y las consecuencias eclesiales de sus decisiones, es una pseudorealización egoísta, enferma, del propio ser cristiano, llamado por Dios a la filiación y, por tanto, a la fraternidad. El carácter eclesial de nuestra existencia, como bien ha puesto de relieve Juan Mateos, evita que la atención por la salvaguardia de la "situación" (7), degeneren en un egoísmo esquizofrénico. Este carácter eclesial de toda secuencia de la vida del cristiano, creo que debe identificarse plenamente con el artículo del Credo Apostólico: "Creo en la comunión de los Santos".

El sentido eclesial de la vida es tan importante para el autor, que de él depende la fe del mundo en Cristo a través de la unión de la Iglesia. A propósito de las divisiones de las Iglesias, encerradas cada una en su propia situación, afirma Mateos: "Mientras exista división deberían sonrojarse de llamarse cristianas, pues no están a la altura de su llamamiento" (Ef. 4,1). "Hoy Dios se lo reprocha, con el tremendo ataque del ateísmo y oligando a reconsiderar actitudes".

En la Iglesia no hay hombres privados, todos somos públicos; por eso tenemos necesidad de adultos y no de niños que pataleen porque no ven más allá de su propia situación.

En este sentido, Juan Mateos presenta una Iglesia como comunidad dinámica, cuyo empeño moral más serio es el de conducir a la unión. De tal forma que todo aquello que a ella contribuya es moral, y no es tal lo que a ella se oponga por voluntad de las partes, patológicamente situacionadas. La comunidad católica vive en su propia situación, pero no ha de olvidar que también para ella, *como grupo*, vale la necesidad del "sentido eclesial de su existencia". La comunidad católica es una parte de la Iglesia.

6. *La celebración de la fiesta.*

Juan Mateos sigue, en la estructuración de su libro, el esquema lucano de Act. 2,42. Allí el evangelista nos presenta cuatro como columnas sobre las que está edificada la Comunidad cristiana, la Iglesia: la enseñanza de los Apóstoles, constituida por el testimonio vivo de la muerte y resurrección de Cristo; la "koinonía" que es el fruto del amor naciente y de la escucha acogedora del mismo y único testimonio; la fracción del pan o celebración del "memorial" de Cristo; y finalmente, las oraciones, las súplicas comunitarias.

Los cuatro elementos están presentados por Lucas con una estrategia teológica digna de atención, y Juan Mateos la pone de relieve y según ella construye su "Cristianos en fiesta". Lo primero es la vida y "la fiesta consiste esencialmente en la afirmación exuberante de la vida..." (pág. 238). La consecuencia lógica que saca Mateos es que "para poder celebrar una fiesta, la vida tiene que tener sentido... y toda filosofía del absurdo desangra la fiesta" (pág. 239).

Dentro de esta estructuración festivamente teológica, los dos primeros elementos del cuarteto de Lucas, hacen referencia a la vida en su dimensión vertical de unión a Cristo (Palabra) y en su dimensión horizontal de unión a los hermanos (amor en "koinonía"). Este es el culto primordial del cristiano que, cada uno en "koinonía", celebra en lo más profundo de su núcleo personal. Hacia este culto se dirige primariamente la preferencia de Yahvéh: "... si ofrezco un holocausto no lo aceptas. Mi culto es un espíritu sincero; un corazón arrepentido y sincero, oh Dios, no lo desprecias" (Ps. 51,18-19). Son los adoradores en espíritu y en verdad que el Padre busca (Jn. 4,4) y que hacen de la vida un culto, ofreciéndose en todas sus más variadas secuencias, como víctimas vivas, santas y agradables a Dios en un culto espiritual (Rom. 12,1). Es un culto que, incluso para la más estricta tradición israelita, es recto y "ortodoxo", desde el momento que se celebra en el Templo que, en la Nueva Alianza, es la persona de cada creyente; ¿o es que "no sabéis que vuestra persona es templo del Espíritu Santo...? (1 Cor. 6,19).

Cristo liberó el culto de las coordenadas del espacio y del tiempo. Se trata del culto "ferial" del cristiano que también tiene el carácter de fiesta (los días feriales, como pone de relieve Juan Mateos, son también

días de fiesta, feria=fiesta). La “feria cültica” que constituye el quehacer moral diario del cristiano, se hace fiesta grande, comunitaria, cuando la Iglesia se reúne para celebrar el “memorial” de la muerte y resurrección de Cristo. Y aquí viene cada cristiano a traer el sentido de su vida, los frutos que la Palabra y el Amor en “koinomía” han ido produciendo en su personalidad eclesial; a la Casa del Pueblo de Dios —no es casa de Dios porque Dios no habita en santuarios hechos con manos de hombres— trae el cristiano su trabajo, que para ser humano y verdadero “lleva consigo dos elementos, el esfuerzo y el gozo...; a la fiesta hay que llevar, para expresarla, la alegría de la vida. Por eso, un obstáculo insuperable para la fiesta es el trabajo alienante y destructor, pseudotrabajo que desemboca, a lo más, en la pseudofiesta” (pág. 241). La fiesta cristiana se convertiría, entonces, en distracción, diversión y espectáculo cuyo fin sería olvidar por unos momentos la monotonía de la vida triste. Y esto no vale sólo para la experiencia festiva de la fe; sino para la misma salud psíquica del hombre: Freud ponía el trabajo (“Arbeiten”) y el amor (“Lieben”) como dos condiciones indispensables para el feliz desarrollo psíquico de la persona.

La fracción del pan y las súplicas comunitarias, *son expresiones y, a la vez, acicates* de la vida, de la “feria cültica”; son índices y estímulos de la moralidad. Y aquí se toca de lleno el tema que tanto preocupa a la Teología Moral: la unión (¿divorcio?) entre vida moral y culto ritual, entre feria y fiesta, entre “el hilo de la vida que es un hacerse y la fiesta que son momentos de ser”. “La fiesta es el anhelo y la afirmación de una vida plena” (pág. 245). En Teología moral se habla de culto prostitutorio, y nos referimos explícitamente a este divorcio, que en realidad no es tal, sino adulterio continuado, concubinato, “religión” en el sentido que Mateos da al término.

En este punto el autor, consciente de que la “parresía nos ha sido enseñada y legada por los apóstoles (Act. 4,13), podía haber ido más lejos en su serena denuncia. Por ejemplo, ¿qué sentido ha tenido y sigue teniendo el precepto de celebrar “la fiesta” bajo pena de caer en pecado mortal? ¿Es que se puede obligar a hacer fiesta a quien no siente el deseo? No se trata de una protesta; es una pregunta sincera que dirijo a la Iglesia. ¿Qué sentido tiene el que exista un precepto de *asistir* a la fiesta dominical, con el agravante de no participar en el banquete, la comida y la bebida, indispensable en toda fiesta?

Desde el año 506 en el Concilio de Agde (Narbonne), 24 obispos y 10 presbíteros delegados fijaron en el cánón 47 la obligación de oír Misa todos los domingos y fiestas; y además la obligación de recibir la Comunión al menos tres veces en el año en las tres fiestas principales: Navidad, Pascua y Pentecostés. Esta disposición disciplinar fue confirmada en el 511, durante el Concilio I de Orleans en sus cánones 26 y 27. La obligación de la Comunión Pascual la prescribió el Concilio Lateranense IV en el año 1215 (D. 812). En Trento se declaró “anatema” a quien negase la validez de esta obligación (Sesión XIII, c. 9). El precepto constrictivo sigue constando en el ya moribundo Derecho Canónico (c. 1248). Antes del año 506 parece que no existía precepto alguno: los cristianos acudían espontáneamente a la fiesta “como expresión comunitaria, ritual y alegre de experiencias y anhelos comunes... Donde falta espontaneidad,

entre almas encerradas con llave, la fiesta es imposible" (pág. 243). Es un hecho sociológica y pastoralmente innegable que miles de personas acuden a la fiesta dominical encadenados por el fantasma del "pecado mortal" que "mancha y ensucia" la conciencia.

Parece ser que la razón que condujo a imponer la asistencia a la Misa dominical como precepto grave fue el hecho de que los cristianos, comprendiendo y hablando cada vez menos el latín, entonces ya en franca decadencia por la disgregación del Imperio Romano, dejaban de asistir a la fiesta cuyo lenguaje no comprendían. Recuerdo con disgusto el primer "party" al que asistí en la Facultad de Teología de Heathrop rodeado de personas que hablaban una lengua incomprensible, que cantaban canciones desconocidas, que contaban chistes y anécdotas explicables en un determinado contexto y en una mentalidad que yo ignoraba. ¡Qué aburrimiento! Tampoco ellos se beneficiaron de mi presencia en su fiesta. La falta de comunicación me impidió gustar la alegría haciéndome sentir violento. Haciendo una transposición (¿demasiado libre?) de la queja del salmista: ¿cómo se pueden cantar los cánticos de Sión en una tierra extranjera, en una comunidad de cuya alegría no se participa espontáneamente?.

¿Y el problema de la Misa separada de la Eucaristía? ¿No es un grave problema que se presenta ante la Teología Moral-pastoral? Hay confesores que imponen como penitencia ofrecer la Comunión al Señor y la Misa a la Virgen... De hecho hay miles de fieles para los que la Misa es algo diverso de la Eucaristía. ¿No es ésta, quizás, la realidad constatable en la gran mayoría de nuestros templos durante la fiesta dominical? ¿Quién ha enseñado al Pueblo de Dios a operar este terrible y falsa distinción? El hecho es innegable: un precepto de la Iglesia manda "oir Misa entera todos los domingos y fiestas de guardar". Y otro precepto distinto dice: "Comulgar por Pascua florida". Si la Iglesia ha realizado o no esta distinción en su catequesis, por lo que respecta la unicidad de la fiesta cristiana, no lo sé; me resultaría tristísimo que así fuera. La realidad pastoral, sin embargo, es indiscutible: miles de creyentes asisten a la fiesta y rechazan la comida y la bebida, que son el Cuerpo y la Sangre de Cristo con los que se sella la Nueva Alianza; y dado que la base de nuestra fiesta es precisamente que somos aliados de Dios y con El también del mundo por la sangre de Cristo, "la fiesta se desangra". Hay un "aguafiestas" que hay que descubrir... ¿Quién será? ¿Será una tradición "humana", una mentalidad formada por justos motivos históricos, una institución que se ha hecho vieja, una persona moral que oprime sin saberlo, una incompreensión del dato revelado, un tabú, un residuo de jansenismo, un vicio de predicación? O ¿será, por el contrario, que se huye consciente o inconscientemente del serio compromiso que se contrae al comer el Cuerpo y beber la sangre de Cristo (I Cor. II, 28-30)? En la época de "crisis del compromiso" por la que atravesamos, sería una razón atendible. Asistir a la Misa y ser un opresor se percibe generalmente como viable; seguir siéndolo y comulgar ya no lo es tanto... En fin, probablemente será una mezcla de todo. Los presbíteros que presiden hoy la fiesta han de plantearse seriamente este problema pastoral y encontrarle una solución científico-pastoral, y si para ello hay que afrontar cara a cara la actual estructura del sacramento de la reconciliación, ha de hacerse con urgencia y decisión, si lo que en

realidad nos interesa es que el Mensaje de Cristo siga salvando... Para esto es necesario que los presbíteros no se consideren casta y clase aparte; es indispensable que los "doctores" se injerten en el Pueblo en el que "prestan un servicio", que no tengan horror de considerarse "laicos", que dejen de una vez para siempre de ser "egregios" (8).

El libro de Juan Mateos tiene un gran valor: hacer reflexionar al lector en un clima de serenidad.

Otra serie de puntos son dignos de consideración y sobre ellos nos limitamos a llamar la atención del lector:

a. El tema de la imagen de Dios como auténtico centro prospectivo de la antropología cristiana.

b. La posibilidad de diálogo con el no creyente, en la esfera de la humanidad fraterna y de la ayuda mútua en la transformación del mundo a favor de la dignidad de la persona y de la paz de las comunidades.

c. La interpretación salvífica (liberadora) de la Escritura en un castellano castizo y cortante, como cortante es la misma Palabra (Heb. 4, 12).

d. El respeto a la pluralidad intereclesial y a las "formae mentis", culturas y expresiones diversas en la celebración de la fiesta.

e. El cristocentrismo de su exposición. Presentación del "Camino" como tarea árdua, propia del hombre maduro (maduro es quien está madurando y no quien ya se considera tal...). La obediencia ha de ser, pues adulta, y no sujeción servil, ciega y despersonalizante. Si existe el diálogo y la "koinonía", no hay que tener miedo a la "contestación".

f. Respuesta adecuada al marxismo y al existencialismo, a propósito de la esperanza escatológica cristiana, entendida como "opio del pueblo".

g. Y sobre todo la preocupación por la unión de las Comunidades cristianas en una sola Iglesia.

A propósito de este valor de "Cristianos en fiesta" quisiera hacer una última reflexión personal que el mismo libro me ha sugerido, y con la que concluyo el presente trabajo:

Hay algunos sucesos de ayer y de hoy que me hacen sufrir; casos como el Isolotto, Lutte, Franzoni, Palazzeschi, Brugnoli, agresividad entre las llamadas "comunidades de base" y los "pastores", críticas hirientes, negaciones del saludo, vacíos boicoteadores, faltas de respeto a la situacionalidad de la vida de una persona, comentarios irónicos de la prensa, cartas abiertas, respuestas cerradas...; todo en un clima tal de falta de serenidad propicio a las elucubraciones paranoides de los desintegrados sociales y a conjeturas entre inteligentes e insulsas.

En Londres se está proyectando con grán éxito una película protagonizada por Peter O'Toole y que lleva por título "The rulling class". Se trata de una reencarnación, entre lo cómico y lo dramático, de Cristo en la clase burguesa londinense. Evito el hacer comentarios narrativos por si alguna vez la ponen en España... Sólo un detalle: alguien preguntó a Cristo: "¿Cómo sabes tú que eres Dios?". La respuesta de Cristo, tan breve como profunda: "Porque cuando hago oración hablo conmigo mismo".

¿La conexión entre esta respuesta y los "sucesos de ayer y de hoy" (y de otros de mañana...)? Enseguida.

La historia de la salvación amorosa de Dios, recibió el primer golpe cuando el hombre cayó en la tentación de querer ser como Dios, simbolizada entonces, en el fruto prohibido.

Hoy la tentación ha cambiado de nombre y de símbolo: la "manzana" se come hoy tranquilamente... Pero hay un nuevo modelo (quizás muy viejo) de tentación, un tipo de tentación neo-adamítica hecha a medida para nuestro tiempo: ir a la oración para escucharse a sí mismo. ¿No podrá ser ésta una de las causas, entre tantas, de estos "sucesos de ayer y de hoy" que contribuyen a la división y que privan del carácter festivo a la experiencia comunitaria cristiana? ¿Será demasiado imprudente decir que hay alguien que no está orando, quizás un grupo entero? Con toda la educación y la humildad de que soy capaz, permítaseme decir que quien haya abandonado la oración personal, debe revisar seriamente los presupuestos de su fe. Los momentos de soledad y silencio, de intimidad a dos, tan válidos y tan necesarios en el horizontalismo de las relaciones interpersonales entre seres humanos; son tan válidos, tan indispensables, y más aún, en el verticalismo de las relaciones interpersonales con la persona viva de Cristo. A Cristo no le gustó que la gente lo confundiera con Juan Bautista, ni con Elías, ni con Jeremías, ni con ninguno de los profetas (Mt. 16, 13-17). Cristo no es el mundo, ni el prójimo; Cristo es Cristo con una personalidad bien definida, toda suya, como muestra es la de cada uno de nosotros. Con esta persona hay *también* que encontrarse cara a cara. ¿Con qué garantías podrá fiarse el Pueblo de Dios de un grupo de cristianos, presbíteros o no, que no hacen nada por descubrir la Persona de Cristo, que no se preocupan de tener sus mismos sentimientos, que no hacen oración y que por tanto no saben discernir el Espíritu de hijos del espíritu de siervos?

¿Será indiscreto o demasiado, decir que hay alguien, pastor o no pastor, (quizás un grupo...) cuya oración se hace, consciente o inconscientemente, en un templo que en el fondo es una "toilette" llena de espejos, donde los neo-Narcisos de hoy confunden su voluntad con la de Dios? La historia de la salvación nos ha enseñado, por activa y por pasiva, que la sabiduría y la voluntad de Dios no siempre coinciden con las del hombre (Is. 55, 8-9).

En el esquema lucano de Act. 2,42, a la escucha prestada por todos a la única Palabra de OTRO, sigue la "koinomía". El principio matemático de que "dos cosas iguales a una tercera son iguales entre sí", tiene

también una aplicación teológico-pastoral. La unión de la Iglesia es una cosa muy seria, y hay que pensarlo mucho antes de traicionar el testamento de Cristo: "Que todos sean uno... para que el mundo crea" (Jn. 17,21).

Acabo agradeciendo profundamente a Juan Mateos la serenidad y el estímulo que me ha proporcionado el testimonio festivo de su libro.

NOTAS:

- (1) Analizaremos más adelante la ambigüedad de este término usado por el autor.
- (2) LACROIX, J., *El sentido del diálogo*. Fontanella, Barcelona, 1966. 2.^a ed.
- (3) II-II, 81,1.
- (4) HÄRING, B., *La ley de Cristo*. Vol. 1, pág. 80. Herder, Barcelona, 1968.
- (5) ORAISON, M., *Una moral para nuestro tiempo*. Estela, Barcelona, 1967. pág. 11.
- (6) AAS. (1952) XLIV. pp. 413-419.
- (7) 1 Cor. 8.
- (8) "Laico", etimológicamente, significa "el que pertenece al Pueblo".

Egregio, "el que está fuera de la grey". ¿Podrá un tal conocer sus ovejas?